

## FRÁGIL

Ser adulto es demasiado difícil. Muchos no tenemos el talento necesario, y apenas damos la talla en el empinado camino hacia la madurez. Con el paso del tiempo, vemos, sorprendidos, cómo otros, a los que imaginábamos simples, o faltos de valor, nos pasan por la izquierda dando el intermitente, y perdiéndose en la lejanía con su bagaje “aburrido” y sólido. Algunos nos creíamos demasiado listos. Pensábamos que esto era llegar y besar el santo. Coger la pasta, sonreír a cámara de medio lado, agarrar a la chica guapa, y salir cabalgando o quemando rueda hasta desaparecer por el horizonte al atardecer. Los pelicularos en pleno, por ejemplo, somos así.

Pero un día te despiertas y la vida te niega el saludo. Se acabó la tarjeta de crédito. Se terminó el chollo. A partir de ahora los familiares que se van a morir van a ser los tuyos, la cara del espejo va a empezar a parecer la de tu padre o tu abuelo, y esto es sólo el principio, Flánagan. Descubres que muchas de las cosas que deseabas ya no van a ocurrir nunca, y que otras que te gustaban ya no las harás jamás. Y sólo tienes 20 años. O 30, qué más da.

Toda mi vida, desde que puedo recordar, me he preguntado qué hacía aquí, cual era el propósito de todo esto, y a dónde se suponía que nos dirigíamos, yo y los apenas 7.000 millones de personas que me rodeaban. No incluía animales y plantas porque ellos no se hacen estas preguntas, ya que conocen perfectamente el secreto.

He sabido que observando simplemente de cerca una flor, un pájaro en las alturas, o el discurrir del agua de un riachuelo obtendría la respuesta, y, sin embargo, sólo he conseguido alergia al polen, tortícolis y fomentar mi pereza intrínseca. Todo menos madurar.

Y mientras, a seguir jugando a vivir. A pensar que todo tiene solución, que nada malo pasa realmente, que aún queda mucho tiempo para hacerlo todo. ¿Para hacer el qué? Mientras.... pensar, rodar películas y soñar despierto. Jugar a crear. Creer que creas. Creer que cambias algo. Creer que hay algo que cambiar. Contar historias para explicar la vida, para pasar la vida dejando algo detrás. Por esa razón he rodado cada vez. Por eso rodamos “Frágil”. Para explicarnos, y buscar y ofrecer un alivio. Para decir a otros: “nosotros también

sentimos eso, también sabemos lo que os pasa. Y no es nada, es sólo el cuento de la vida”.

Todo empezó como una gran pregunta: ¿Por qué tratamos de cambiar lo que somos? Y después vinieron otras: ¿Por qué no nos gustamos? ¿Se gusta a sí mismo realmente alguien que se esfuerza en cambiar su aspecto? ¿Por qué obligamos a nuestros cuerpos a realizar los esfuerzos que nuestro espíritu no desea hacer, a cargar con el peso de lo que no deseamos reconocer realmente?

Miraba a mi alrededor y veía la misma cosa: personas comparando su aspecto con el de otras personas. Compitiendo por llegar a un lugar lejano y vacío. Pero... ¿por qué? No era un reducido grupo de modelos y estrellas de Hollywood preocupadas por sus carreras, ni un puñado de adinerados aburridos de su aspecto. Se trataba de algo infinitamente más amplio y extendido que alcanzaba el nivel de una epidemia descontrolada y silenciosa. Su poder y capacidad de crecimiento eran tal que casi no había lugar o persona que no lo sufriese de algún modo. Era tema de conversación, objeto de discusión, y agente de todo tipo de comportamientos.

No creo que exista una estadística concreta sobre el alcance de este asunto, pero yo me preguntaba entonces, y lo hago ahora, cuántas personas, desearían, en parte al menos, ser físicamente diferentes, cuántas se comparan, a la baja, con otras más “afortunadas”, cuántas, por este motivo estético, hacen algún tipo de dieta, van al gimnasio, pasan por el quirófano o sufren de algún modo. ¡Cuántas...! Tal vez la mitad de nosotros, habitantes del primer mundo civilizado. Tal vez más de la mitad, más la mitad de la otra mitad. Tal vez aún más.

Nada tiene de malo querer tener mejor aspecto, ni se trata de reprimir ni moralizar sobre ello. No es ese el fin de esta reflexión. La cuestión es conocer realmente por qué deseamos “mejorar” ese aspecto físico (y no otro), el grado de esclavitud que esto nos provoca, y finalmente, la insatisfacción e infelicidad que genera en nuestras vidas.

El ser humano vive en un mundo de belleza y horror, de luz y oscuridad, de paz y guerra, y su existencia es amenazada por la posibilidad de no sobrevivir, de no “ser”, de no “estar a la altura”. Siempre ha sido así, pero ahora somos más, y vivimos más tiempo, de modo que la competencia es quizás más feroz que

nunca. Y nuestra supervivencia “física” está condicionada al éxito de la especie, y a su vez este éxito radica en nuestra capacidad para relacionarnos, para ser aceptados, queridos. Las personas conocemos o intuimos esta necesidad desde el momento del nacimiento, o puede que antes, y tratamos de conseguir esa bonanza, a veces a cualquier precio. El poder social o económico y la belleza física son considerados como elementos de éxito, y son admirados, deseados o perseguidos por muchos de nosotros como la garantía del logro personal. Los que lo han conseguido son colocados en lugares predominantes o en escaparates a la vista de todos, como modelos a seguir o ejemplos inalcanzables. Algunas de esas personas representan conquistas en terrenos intelectuales o artísticos, a veces ostensiblemente alejados de cualquier sospecha de “frivolidad”, pero por alguna razón, en muchos de los casos, sus nombres o caras no llegan a ser populares, y son otros los que consiguen el cetro de reyes del mambo.

Las religiones, las personas sabias o iluminadas, los libros sagrados o de referencia espiritual, nos repiten como una sola voz que hay dos bellezas, pero que es la interior la que importa, la que prevalece y es verdadera y real, y que la exterior es sólo brillo sin alma. Nos dicen que hay dos caminos, pero que es el más sinuoso e intrincado el que conduce a la iluminación y al final feliz. Nos explican que existe lo superficial y lo profundo, y no añaden nada más porque todos sabemos lo que eso significa, y lo que todos preferimos, al menos durante esos breves instantes de reflexión... Todos ellos coinciden, de un modo u otro, en la misma enseñanza, en la misma conclusión vital, y sin embargo, al final, dos tetras tiran más que dos carretas, aunque sean carretas de realidad, y, ande o no ande, caballo grande, aunque no sepamos ni montar. A la postre elegimos lo “fácil”, el aquí y ahora, frente a la promesa de la eterna recompensa, finalmente seguimos la luz, sin importarnos que es la de una bombilla, eso sí, de marca, anunciada en TV. ¿Por qué?

En nuestro viaje vital, partimos del hecho de la debilidad del ser humano, de su prisa, su miedo y su pereza, y ponemos frente a él las dos opciones nombradas: lo real, frente a lo artificial, lo que “es”, frente a lo que “parece ser”. Estos dos “productos” pugnan por ser elegidos en el mercado de la vida humana. Pero nos encontramos con que los vehículos de promoción y marketing de ambos no tienen comparación. La primera opción cuenta a favor

con el peso de la intuición de cada “consumidor”, pero carece de un vehículo de propaganda adecuado, efectivo y acorde con los tiempos. De hecho, la existencia de un mecanismo de seducción, echaría por tierra el propio mensaje y lo convertiría en su opuesto. De este modo nos encontramos, como vendedores casi exclusivos de esta opción, a unas religiones y unos Ministros de Dios o Alá, incapaces ya de expresarse en términos reales o tolerables por la sociedad actual. La segunda opción, al contrario, carece de prejuicios y escrúpulos, y tiene a su disposición todos los dispositivos de promoción y venta que uno pueda imaginar. Salga usted a la calle, vaya de tiendas, o al cine del centro comercial (¿quedan otros cines ya?), o no lo haga, y quédese en casa, viendo la tele o leyendo una revista. En todos estos ámbitos el culto a lo físico, a lo “bello”, lo “sexual”, lo inmediato, lo agresivo, lo evidente, lo trivial, excesivo o vano, es tan absoluto que apenas queda lugar para otra cosa. Algunos de estos productos poseen calidad, talento o sinceridad, aunque cabría preguntarse si no queda ésta diluida por causa del envoltorio, precisamente aquello que le ayuda o permite existir, ser visto y elegido de entre miles. ¿Ha visto usted una sesión de videoclips musicales? Habrá notado que ya no es posible ser un cantante de éxito si no se muestran los adecuados abdominales, bíceps, morros de senegalés o un culo prieto bajo el tanga. ¿Ha comprado un CD últimamente? Sabrá que las portadas de los discos muestran más niños y niñas monos que un catálogo de ropa interior del Venca, y se habrá preguntado, por qué lo llaman música cuando quieren decir sexo. ¿Compra usted su diario en un kiosco de Gran Vía? Habrá comprobado que si uno repara un sólo instante en la mercancía que le circunda es difícil salir de allí sin un calentón medio, o medio alto si se es vasco. ¿Ha entrado usted, un sábado noche, en una discoteca o un local de moda? Hágalo y verá como las chicas y chicos poco agradados, o sea “normales”, que se cruzó esa mañana al ir por el pan, han desaparecido, y en su lugar ha surgido una colección de aspirantes a modelos, chicos de alto *standing*, bajo *rendimienting*, y mujeres de bandera, aunque sea a media asta. Todos tan guapos, dignos y aparentes que serían el orgullo de cualquier dirigente nazi. Aunque tal vez haya una razón que explique esta segregación social consentida, aceptada y pacífica. Puede que haya pasado por alto el hecho de que a los chicos y chicas con sobrepeso, o escaso atractivo físico o sexual, no les gustan las discotecas ni los locales de moda,

sino quedarse en casa los sábados noche y navegar libres por Internet en busca de, sin duda, el amor verdadero, o la masturbación de sus sueños, y lejos siempre de la falsedad del mundo real... Esto debe ser y no otra cosa, no pensemos mal.

Por último, ¿es usted un asiduo espectador de nuestra querida y plural televisión pública y privada? En caso afirmativo no es necesario explicarle lo que sus responsables son capaces de hacer (o dejar de hacer) en nombre de la audiencia, y si no la ve, sólo es necesario informarle de que uno de los mayores méritos que reconocerle al ente es el de utilizar la ilusión y el esfuerzo de un ingente número de ingenuos y ambiciosos jóvenes sin iniciativa para convertirlos en peleles de usar y tirar, en juguetes que pronto estarán rotos, y en productos de recambio de un comercio frívolo y pseudosentimental. Pero es sólo una opinión, y puede que estos jóvenes no piensen lo mismo, al menos hasta que sus correspondientes famas les abandonen por otros.

Y si esto es así en nuestro mundo real, ¿puede un adulto inteligente mantenerse ajeno e impermeable a los sensuales contoneos de caderas del comercio y el capitalismo omnipresente y feroz? ¿Y un adulto estúpido? ¿Y un impresionable adolescente? ¿Y un niño que ha absorbido todo esto desde antes de nacer?

Hace un par de años aún pensaba que, mediante un gran esfuerzo, las cosas podían mejorarse, cambiarse. Por eso decidí rodar "Frágil". Pensaba entonces que muchas personas se sentirían cercanas a esos personajes y a esa historia, y que eso les provocaría y ayudaría de algún modo. Hoy, después de ese gran esfuerzo, y del de muchos otros, no sé ya qué pensar. Sigo intuyendo tímidamente que todo esto tiene un sentido, y aspiro a comprenderlo y vivirlo personalmente, pero mi fe es ahora apenas una sombra de lo que fue, y mentiría si dijese que pienso sinceramente que ha valido la pena. Lo cierto es que nadie nos prepara para la vida, y que nadie me había avisado de que esto sería así. Para otros podrá ser pan comido, y les admiro, pero yo he sentido, demasiado a menudo últimamente, que la noria giraba demasiado rápido y violento para mí. Porque, como ya he dicho, no soy un buen adulto.

El proceso de producir una película siempre ha sido para mí una aventura larga y extremadamente complicada y dolorosa, pero siempre con final feliz. A veces

un final feliz a largo plazo. Realizar "*Frágil*" no ha sido una excepción a esa regla, con la salvedad de que los problemas se han multiplicado y extendido en el tiempo hasta el límite de mi capacidad, y, por momentos, mucho más allá. Se trataba de una pequeña película, y sin embargo, debido a la propia naturaleza de la producción, y a una interminable serie de circunstancias personales y profesionales, ha supuesto finalmente la más insufrible y dolorosa pesadilla experimentada por mí en toda mi vida.

En mi imaginación, había soñado este proyecto como un intento de rodar cine, de contar una historia y de crear una obra libre. La intención era la de trabajar, hasta el límite de lo posible, al margen de la industria establecida y de su influencia negativa, según mi opinión, para la creación de obras de autor. Después de un buen número de años conociendo el mundo del cine español y sus sistemas de producción, sentía verdaderos deseos de intentar encontrar un camino alternativo en el que se pudiera rodar en libertad y donde los presupuestos fuesen reales. Tenía la historia, el cuento que quería narrar, y quería encontrar un equipo de personas que quisieran contar esa historia, desde una propuesta no industrial en la que todos serían tratados de igual modo, con los mismos sueldos, sin preferencias. Buscaba actores desconocidos que otorgasen verdad a esos seres escritos, y evitaba cualquier rostro popular para hacer más cercano y especial el mundo que íbamos a inventar. Sabía que hacerlo así, desde la indefensión absoluta del cine independiente más "radical", sería caminar en un campo minado y arriesgarme a no poder terminar el trabajo, a ser ninguneado, o a no verlo jamás estrenado. Pero no encontraba otra manera aceptable de llevarlo a cabo sin sentir que me traicionaba a mi mismo. Para colmo era una película que hablaba sobre la mentira del propio cine y la de los que nos dedicamos a él. De nuestra necesidad, quizás patológica, de ser considerados por los demás, admirados, apreciados, queridos. De lo que somos capaces de hacer por conseguir esas migajas de afecto, aunque sea artificial, esos halagos y aplausos del público, sinceros pero ignorantes y condicionados. Comenzábamos con todo en contra, como se debe comenzar cuando se cree en algo hasta ese punto.

La selección de los actores llevó meses, muchos meses. Encontrar a unos protagonistas es siempre lo más complicado, pero es que se trataba, por un lado, de buscar a una joven actriz desconocida, que no fuese muy guapa pero

sí amada por la cámara, que tuviese la inocencia de una niña, el talento de una superdotada, y pudiese cambiar su aspecto físico para representar tanto a una mujer con sobrepeso como a alguien tras una brutal dieta: Venus. Y por otro lado debíamos hallar a un joven, de rotundo atractivo, fuerte y masculino, un buen actor, pero también desconocido, de mirada profunda y torturada, capaz de llevar una armadura sin parecer un petimetre, y de hablar a la perfección castellano e inglés: David. Mucho pedir. Casi un año después, todos habían aparecido. En nuestro equipo técnico artístico había gente de Madrid, Andalucía, Cataluña y País Vasco, Irlanda, Australia, Alemania, Colombia, Argentina, EEUU y Canadá, con sólo una cosa realmente en común, al igual que yo, no sabían dónde se metían.

Evidentemente, nunca puedo explicar exactamente qué quiero contar en una película, ni por qué la hago, de otro modo simplemente lo explicaría, y me ahorraría el gusto y el disgusto de hacerla. Pero, al poco de terminarla, empiezo a ser capaz de comprender lo que hice y la naturaleza de mi necesidad. Las pistas que descubro suelen enriquecerse con los testimonios y comentarios de los espectadores, y poco a poco voy sabiendo qué había dentro de mí que deseaba con tantas fuerzas salir al exterior.

Lo que ahora sé de "*Frágil*" es que habla de Venus y David, dos personas muy diferentes, dos seres que viven en dos mundos tan distintos que no parecen estar en el mismo planeta, y sin embargo dos personas que tienen algo enorme en común, su dolorosa necesidad de afecto. Venus es una niña dulce y romántica y vive en un paraíso, en el más idílico de los valles. Pero soporta la más grande de las desgracias; debido a sus circunstancias familiares y su aislamiento, nadie le ha mostrado nunca cariño, nadie le ha dado nunca un beso. Sólo un niño, silencioso y desconocido, rompe esa condena y le da a Venus el primer y único beso inocente de su vida, antes de desaparecer con una promesa de amor eterno. Años después, Venus, ya adulta, aguarda aún su vuelta en vano, y su mente ha comenzado a sufrir los efectos del vacío afectivo que soporta en soledad. Venus abandona al fin su hogar e inicia la búsqueda desesperada e ingenua de su amor idealizado. Pero la mente de Venus no es la de una persona equilibrada y su *paranoia* de amor la lleva a encontrarse con la realidad más dolorosa y brutal. En el mundo real en que se encuentra no parece importar lo que uno es o siente, sino lo que uno parece ser o sentir.

Venus es una inocente enferma de amor que necesita urgentemente su medicina antes de que sea demasiado tarde. Si no lo es ya. El choque de Venus con “el mundo de ahí afuera” (las chicas de la Mansión) representa el trauma del encuentro entre la inocencia y la necesidad de madurar de todo ser humano. El abandono definitivo del niño que vive dentro de cada uno y que debe desaparecer para poder ser nosotros mismos. El choque de “el mundo de ahí afuera” con Venus representa el encuentro violento de cada uno de nosotros con la inocencia y la sencillez de la vida y la naturaleza aceptadas como son. El recuerdo del niño que fuimos y que debe vivir eternamente dentro de cada uno. No es una contradicción, es la misma vida.

David es, del mismo modo, un ser necesitado. Pero su necesidad es adicción para llenar el vacío. Venus llenaba su hueco con comida, David lo hace con halagos, fama, poder, sexo. Nada sirve realmente, porque no se puede llenar en el plano de lo físico algo que pertenece al plano espiritual. David actúa bajo su máscara. Habla, ríe burlón, justifica sus necesidades y carencias afectivas. Dice querer interpretar, desear contar grandes cosas, ser honesto y sincero, pero se traiciona porque su necesidad real es inconfesable. Se miente para poder seguir adelante con su plan no reconocido. Tal vez una familia demasiado exigente, un padre que esperaba algo más de él, mucho más de él, demasiado de él. El odio acomplejado hacia alguien que “te ha dado la vida”, y se siente decepcionado de ti. La necesidad de demostrar que eres lo que se espera de ti, y más. El dolor de no haber recibido un gesto de amor real y desinteresado de la persona que más debía mostrarlo, sino sólo la proyección de su frustración, al ver que su esfuerzo se diluye y su apellido se apaga sin la grandeza soñada. Padres verdugos. David se dedica al cine. El cine representa en sí mismo el símbolo del artificio absoluto. Un enorme juguete para el divertimento, el escalofrío o la emoción más o menos profunda. Nada es verdad en este mecanismo, excepto el resultado final experimentado en cada espectador. Un puñado de pequeñas mentiras para contar una gran verdad. “La gran ilusión”. Las personas que hacen del cine su vida viven en el más real de los sueños. Y Hollywood es la enorme metáfora de esa dulce mentira: la gran fábrica de felicidad virtual, de seres mágicos e inalcanzables que viven vidas únicas y maravillosas. Los iconos de belleza, éxito, talento y fama que los simples espectadores contemplamos con admiración y envidia impotentes, sin



querer intuir sus propias miserias e infelicidad, porque sobre ellos descansa nuestro anhelo de una existencia única. Esas gentes dedican sus existencias a una labor finalmente intangible: contar historias. Muchos sienten hacer grandes cosas, otros no tanto. David es un actor. Su labor es aparentar, vivir vidas que no son la suya, interpretar las emociones de otros, vestir sus pieles. Él desea ser honesto, no ser un muñeco de la máquina industrial y la farsa, controlar su propia carrera y su vida, pero no hay nada más absurdo que esa reivindicación. La propia naturaleza de su profesión es contraria a esa pretensión, y su esfuerzo, vano y pueril. El cine recluta a las personas que desean reconocimiento y por tanto amor, pero no ofrece un amor real sino sólo un sucedáneo en forma de fama y popularidad. Esa droga calma momentáneamente el instinto, pero no sacia, y el vacío se agranda aún más. Al poco tiempo la sed es la misma o mayor, y la necesidad de recibir atenciones y halagos se acrecienta. El círculo se cierra, el adicto ha nacido. David está en esa senda, alejándose cada vez más de sí mismo y de su interior. Colocando, día tras día, una nueva pieza a su brillante y sólida armadura.

Tener una película de autor, independiente y terminada en las manos, es como poseer una jugosa cosecha de tomates biológicos maduros y listos para el consumo y no encontrar mercado que te ofrezca un rincón para venderlos. Con la salvedad de que, en el caso de los tomates, uno puede echarse a la calle a venderlos a voz en grito, y en el de la película maldita, la calle es también de ellos. De todas las previsiones hechas antes del rodaje respecto a los problemas e inconvenientes que podríamos encontrarnos al realizar nuestra obra, las relacionadas con la venta y promoción fueron las que se quedaron más cortas.

En los últimos años había podido observar cómo la evolución de la industria del cine español resultaba cuanto menos inquietante en términos de producción. Se había pasado de la censura de la dictadura al alegre y casposo destape de los 70, y, de éste, al cine pseudo político y literario de los 80, que había terminado por fumigar a los espectadores de las salas. Pero parecía que en los 90 la puerta se empezaba a abrir, y nuevos talentos, géneros e iniciativas se abrían paso apoyados por el propio público español. Sin embargo, a finales de esa década y principio de 2000, las cosas se habían teñido de un tono

sutilmente marrón, y todo comenzaba a despedir un cierto olor a podrido. Tal vez el de siempre. Al mamoneo y compadreo imperantes en este país de pandereta (donde cualquiera puede ascender al puesto al que aspira por justos méritos de estricta consanguinidad y peloteo) se había unido una nueva corriente, importada seguramente de las más profundas simas del capitalismo depredador. En todos los ámbitos del arte, la cultura y la información, se empezaba a afianzar el modelo de grupo mediático omnipotente, consecuencia y fruto envenenado de la simpática globalización. Así nuestros periódicos, revistas, radios, televisiones, productoras de cine, y fábricas de armas y condones quedaban en manos de un pequeño grupo de bienhechores sin fronteras, dispuestos a velar por nosotros y por nuestras libertades, en aras de un mundo sin duda mejor, para ellos. Y nuestros gobernantes sonreían encantados, siguiendo precisas instrucciones del Alto Mando. Se trataba desde luego de una ventaja y un adelanto sin precedentes para cualquier escritor, músico o director de cine desamparado. La sencilla fórmula consistía básicamente en dejarse querer, trabajando, sin rechistar más de la cuenta, para el Gran Hermano, y salir al mercado familiar a pelearse, eso sí, pero siempre bajo el cielo protector de la familia Corleone, y, si el competidor desarmado incordia, que parezca un accidente...

En muy pocos años el pastel estaba repartido hasta las últimas migajas, y cualquier disidencia era fácilmente comprada o apartada del camino. La figura del censor había desaparecido en un país con una larga y prestigiosa tradición, pero no había de qué preocuparse en realidad, ya que su perfil, algo siniestro y caduco, había dado paso a otro concepto moderno, progresista y exento de sus connotaciones represivas obvias. Simplemente ahora los intelectuales, o artistas potencialmente molestos, son convenientemente absorbidos y pasan a figurar en nómina, y las residuales posibles obras reivindicativas o críticas sencillamente no se crean. ¿O acaso rodaría usted una película de muy bajo presupuesto (digamos 1,5 millones de euros) sabiendo que los vehículos de financiación, distribución y promoción están en manos de la competencia? Nosotros lo hemos vivido, y nadie nos ha mandado la cabeza de un caballo degollado, pero hemos pasado el mismo miedo. Y ahí seguimos.

El asunto requiere humor para ser tratado desde estas líneas u otras, pero no tiene la gracia que debería. Y menos cuando uno comprueba la razón de todo

esto. Comemos mierda, rentable para alguien que acumula poder o riqueza, nos educan con basura, rentable para esas mismas personas, y nos divierten y entretienen con bazofia, rentable para los mismos famosos fulanos. Y todo con nuestro consentimiento, y ese es el verdadero mérito y la genialidad y perfección del sistema. Que no hay violencia, ni imposición evidentes. Todo es por las buenas. Supongo que se podría hablar de una dictadura capitalista aceptada, de un absolutismo comercial consentido. Pondré un ejemplo. Después de rodar "*Frágil*", sin lograr financiarla, y tras conseguir una lamentable distribución de saldo, y asumir que la promoción sería una batalla injusta y perdida, comenzamos a venderla a los medios de "comunicación". Inicialmente, y tras los reiterados comentarios de que era "una película para mujeres", parecía claro que encajaría sin problemas en revistas "femeninas", y que éstas se interesarían fácilmente por ella. Después de semanas de enviar la información pertinente a las diferentes publicaciones más importantes de este tipo, comenzamos a aceptar la realidad. Ninguna, han leído bien, ninguna de estas revistas aceptó realizar entrevista alguna a los implicados en la película, ni tan siquiera dedicarle algún espacio al film. Una de las más populares, tras recibir la información pertinente y las fotos de los protagonistas y principales, respondió con un esclarecedor *mail* que nos dejó fuera de combate. La carta decía, textualmente: "Lo sentimos mucho, pero estos actores y actrices no son lo suficientemente famosos ni guapos para esta publicación". Finalmente la empresa distribuidora echó mano de una revista femenina de su propio grupo editorial y obligó a la misma a realizar un reportaje. Días después me entrevistaba con la responsable para negociar la futura entrevista, y trataba de explicarle la oportunidad que se le presentaba para tratar un tema como el de "*Frágil*", haciendo cierta autocritica de unas publicaciones como la suya propia, en las que, en la página 1 se invita a las mujeres a ser ellas mismas y aceptarse como son, mientras en la 2 se las anima a rebajar esos kilos de más, ayudadas siempre por el producto cosmético que financia la susodicha revista. Mientras se desarrollaba la estratégica conversación observaba a mi alrededor la metáfora de mi derrota final, al ver tras mi atractiva interlocutora, una enorme ampliación del último número de su revista que, junto al cuerpo perfecto de una actriz española de moda, rezaba: "la cirugía de senos a tu alcance, recupera tu autoestima perdida". La periodista rechazaba absolutamente la

responsabilidad, de los medios en general (y del suyo en particular), de la presión mediática que, según yo, existía sobre la sociedad respecto al culto desmedido al cuerpo. Según ella, eso era un asunto de los padres y de la educación. Razoné que, según eso, y a juzgar por la obsesión en aumento de los jóvenes en este sentido, el 99 % de las adolescentes tenían una mala educación familiar. No conseguí nada, excepto incomodarla aún más, y escuchar como incluía al género masculino en su lista de culpables. Pero decidí no alargar la perdida batalla cuando observé, a mi espalda, una nueva espectacular ampliación de otra portada, con chica de infarto incluida, que decía: “Guerra a tus michelines, pierde 10 kilos antes del verano; ¡comprobado!”. Pese al “enchufe”, y al pacto, el resultado fue una triste reseña de medio folio sobre “*Frágil*”, junto a un absurdo reportaje de dos páginas sobre la “fragilidad del ser humano”, ilustrado con enormes fotos de modelos ligeras de ropa. Puro surrealismo.

Esta mujer había logrado convencerme de que todo esto no eran más que imaginaciones y prejuicios de machista, sin base real ni datos objetivos, y, hoy día, esto me ayuda a vivir con mayor tranquilidad y confianza. Por eso, cuando ahora leo noticias como el informe de la Academia de Televisión, que denuncia que la imagen de la publicidad en este medio, “aboca a los jóvenes a la superficialidad vital y a la permanente insatisfacción”, y que esta insiste en “el atractivo físico y la necesidad de éxito y de imponerse a los demás”, no me preocupo en absoluto, porque sé que una buena educación desde pequeños es la clave. Y la prueba es evidente cuando leo que, la anorexia y la bulimia ya no serán más frecuentes en las mujeres, como hasta ahora, sino que, en los casos recientemente diagnosticados y en aumento de niños de 5 y 6 años, la paridad entre ambos sexos es ya un hecho. Como tiene que ser. No me digan que, entre tanta desgracia y horror, avanzar hacia la igualdad no es una buena noticia.

Juanma Bajo Ulloa

,